

SEXO Y SILENCIO

Ignacio Castro Rey

PRE-TEXTOS

A la fuerza impúdicas, con una ambición quizá desmedida, las páginas que siguen intentan una comprensión de nuestro imaginario sexual compartido. Ensayan asimismo una crítica de la ilusión carnal que pretende calentar este mundo seriamente desangelado. También la defensa de un *sur* de los sentidos, de una cultura antropológica donde esta inmensa marea de rigor selectivo, disfrazado de lo que suele llamarse *sexo*, jamás había sido una obsesión de masas. Al menos, hasta la llegada de esta última edad moral, con el encadenamiento serial de sus coacciones.

“Nunca tengo nada que decir. Me limito a tocar y cuidar los cuerpos”, confiesa una adorable e insignificante fisioterapeuta en medio del reparto de una película reciente. Así son el erotismo, el amor y el sexo, una triada inseparable de los sótanos oscuros que nos adiestran en la aventura de vivir. Tal como es de angustiosa esta sociedad para las almas sencillas, no descartemos que en la sexualidad, en sus múltiples variantes todavía libres de normativa y liturgia, hayan encontrado refugio los seres más cándidos de la actual condición humana.

Con frecuencia da la impresión de que nuestra preocupación neurótica con la sexualidad es propia de una estirpe de prisioneros. ¿Lo somos? Si fuera así, algún día habría que preguntarse de *qué* somos cautivos. Mientras tanto, también en el sexo y en el amor, no estaría mal aprender a vivir sin doctrina, absteniéndose de juzgar moralmente.

Este libro no debería tener enemigos frontales, por mucho que critique tal o cual aspecto de nuestras costumbres. Pretendió más bien combatir un sistema general de hostilidad, peor aún, de indiferencia, que instituye muchas de nuestras selectas minorías *contra* algo exterior, una indefinible comunidad humana malentendida como *tradicional* para no entrar en sus infinitos matices. La obsesión actual por el diseño de identidades se basa casi siempre en lo que nos

separa, en la crispación de unas pequeñas diferencias que parecen librarnos del maltrato que se ha vuelto masivo. Vivimos en la furia de una agitación binaria que liquida la hermandad común, convirtiendo a los pueblos en cuyo nombre hablamos en rehenes del maniqueísmo que ha inundado nuestras conciencias.

Crecimos tan solos, incluso en medio del estruendo, que nos pasamos la vida imaginando encuentros. Bajo esta fiebre, ¿subsiste todavía un dios de la sensualidad? ¿A pesar incluso del desánimo generado por la velocidad de los contactos programados? Acaso lo más impertinente de este libro, a contrapelo de la pesada letanía moral de un sexo saludable, es apostar por el acontecimiento y el peligro de los afectos. Las referencias intelectuales de un enfoque así son por fuerza *híbridas*, tanto como lo es la más vulgar vida ordinaria, que en estas páginas es una constante referencia de fondo. No es de extrañar entonces que, incluso en momentos cruciales, esta investigación utilice con frecuencia lugares comunes. Se trata de ahondar en ellos, buscando la intensidad de su laberinto oculto. Se han usado, naturalmente, abundantes referencias eruditas. Pero se intentó hacerlo desde un empirismo en estado bruto. Y esto también es serles fiel a los nombres propios que admiramos. Al fin y al cabo, los clásicos lo son no por lo que dijeron, sino por lo que *hicieron*: reventar la visión edificante y elitista de las cosas.

Sexo y silencio querría estar guiado por una vieja pasión humanista, tal vez el humanismo negativo y un poco desesperado que corresponde a nuestro enfriamiento anímico. Además de disculpar algunas crueldades exigidas por el guion, el lector juzgará en qué medida esta tentativa de revitalizar el campo trillado del sexo se ha cumplido, librándonos en alguna medida del tedio reinante.

Es propósito de este libro mostrar que el desorden de lo más primario sigue siendo capital, precisamente bajo el preventivo control con el que intentamos someterlo. Estar vivo es una enfermedad mortal. ¿Cómo recuperarse de ella? La sexualidad y los afectos son algunas de las herramientas que tenemos para encontrar un modo de cura, aceptando que es imposible superar el mal de vivir. Sólo se trata de entrar en él, dándole forma.

IGNACIO CASTRO REY
O Picón, 23 de marzo de 2021